

# Sobre el milenario de Cataluña \*

MARTÍN DE RIQUER \*\*

**P**OR acuerdo parlamentario, asumido por la Generalidad, celebramos este año el milenario de la independencia de Cataluña. Los historiadores especializados en aquella remota época ya han emitido su opinión sobre este punto, como se advierte en algunos artículos de este número de «Cuenta y razón» que ahora presentamos y en un erudito y concienzudo informe redactado por Federico Udina y Martorell, José María Font Rius, Manuel Mundo, Manuel Riu y Juan Vernet, todos ellos catedráticos universitarios y miembros de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, y que está a punto de publicar la Comisión del Milenario, que en él apoya y justifica científicamente la oportunidad de la conmemoración.

La que llamamos independencia de Cataluña es un proceso lento y progresivo de desvinculación de los condados catalanes de la monarquía francesa. Este proceso ya se advierte un siglo antes, pues es harto significativo que el conde de Barcelona, Vifredo el Velloso, muerto en 897, introduzca en su familia la sucesión hereditaria en oposición a la designación del sucesor por parte del rey de Francia, problema jurídico que revestía mucha gravedad en las Galias, pues suponía el triunfo de la decisión de los grandes señores contra las decisiones del poder real, como tan vivamente se dramatiza en el cantar de gesta de *Raoul de Cambrai*, lo que revela que este conflicto apasionaba popularmente.

Es cierto que los acontecimientos del año 988 presentan al conde Borrel II de Barcelona como un vasallo que se va desvinculando de los que durante dos siglos fueron sus señores, los reyes y emperadores descendientes de Carlomagno, y que al acceder los Capelos tales vínculos quedaron reducidos a formulismos, como el de fechar los documentos por los años del reinado del rey francés. Y es cierto también que esta dependencia, meramente nominal, no se liquidó definitivamente hasta que Jaime el Conquistador y Luis IX de Francia firmaron en 1258 el tratado de Corbeil, con duras concesiones por parte de nuestro rey en lo que afectaba a la política ultrapirenaica. Esta larga vinculación a la corona francesa, aunque fue meramente teórica y nominal, no dejó de causar grave daño a Cataluña, pues los señores de ésta, con un respeto legal que hoy nos imaginamos absurdo, se abstuvieron de asumir el título de rey, como ostentó el de León y fueron atribuyéndose los de Galicia, Castilla, Navarra y Aragón. Aunque de hecho se trata de una mínima cuestión de intitulación, el que Cataluña no se hubiera erigido en reino, como pudo hacer perfectamente Bo-

\*\* Barcelona, 1914. Catedrático Emérito de la Universidad de Barcelona. Miembro de la Real Academia.

\* Intervención en ocasión de la presentación del número de nuestra revista dedicado al milenario de Cataluña en el Banco de Bilbao.

rrrel II, la minimizó aparentemente en la jerarquía europea. Jaime el Conquistador lo sentía en sus entrañas, y en capítulo 392 de su *Crónica* hace una muy significativa referencia a «Catalunya, que es lo mellor regne d'Espanya, e'l pus honrat e'l pus noble», frase en la que no tan sólo descubre lo que podríamos llamar su «españolismo» sino que también revela su íntima aspiración a «rey de Cataluña».

Unos veinticinco años antes del gesto de Borrel II, Fernán González hacía independiente el condado de Castilla, pero en condiciones muy diversas: tras una guerra dinástica contra el venerable y tradicional reino de León, de hecho una guerra civil entre españoles. Cataluña no tuvo que recurrir a las armas para alcanzar, aunque lentamente, su independencia y en su consecución no hubo contienda fratricida, sino una escalonada y política desvinculación de un monarca extranjero y muy alejado.

Hace mil años en los dominios de Borrel II florecía en Cataluña una densa y vigorosa literatura culta en latín, sobre todo al entorno del monasterio de Ripoll, encrucijada de culturas y de corrientes cristianas y árabes y donde se formó el famoso Gerber-to, que tan decisiva relación tuvo en las desavenencias entre aquel conde de Barcelona y Hugo Capeto y que luego fue papa con el nombre de Silvestre II. Ricas bibliotecas y excelentes poetas en métrica derivada de los clásicos patentizan que Cataluña también había recogido la rica heredad del renacimiento carolingio, al paso que los hallazgos científicos de los sabios de Córdoba llegaban a los centros religiosos del condado de Barcelona. Pero hace mil años tanto el gran señor como el pueblo bajo hablaban familiarmente en un romance que, por las pocas muestras que nos quedan, sorprendidas en documentos latinos, sabemos que ya presentaba características propias y permanentes del catalán, lo que revela que se hablaba ya en un catalán que los que sabían escribir no osaban poner por escrito. En toda la Romania estaba ocurriendo lo mismo, y la labor de las escuelas monásticas y el núcleo de funcionarios de la curia condal preparaban el gusto por la inminente obra literaria moderna, que se iba a divulgar tanto oralmente como por medio del libro. Siglo y medio después de Borrel II, los catalanes ya se entusiasman por las más nuevas y afiligradas bellezas de una literatura que ha surgido más allá de los Pirineos.

A mediados del siglo XII los juglares divulgaban por Cataluña obras literarias de gran importancia, como atestigua de modo claro y evidente el *Ensenhamen* que antes del año 1160 escribió Gue-rau de Cabrera, vizconde de Gerona y de Urgel, quien critica a su juglar Cabra porque es tan ignorante que desconoce una serie de cantares de gesta (los referentes a la batalla de Roncesvalles, los dedicados a Guillermo de Tolosa, reconquistador de Barcelona, los de vasallos rebeldes como Raoul de Cambrai, Ogier de Dinamarca, Gormond e Isembard, etc.), buen número de narraciones de la materia de Bretaña (el Erec, cuentos del rey Artús, los amores de Tristán e Iseut), novelas sobre la antigüedad (las de Píramo y Tisbe, de Troya, de Tebas, de Alejandro Magno) y le reprocha

## **CASTILLA NACE DE UNA GUERRA CIVIL**

## **UN AMBIENTE DE CULTURA**

que no tenga conocimiento de picantes *fabliaux* y de cultas canciones de trovadores, como Marcabré, Jaufré Rudel y Ebles de Ventadorn. Este *Ensenhamen* de Guerau de Cabrera es un significativo y precioso índice del tipo de literatura que era escuchada y a veces leída en los ambientes de la sociedad catalana de mediados del siglo XII. Y ello ocurre antes de que en Galicia aparezcan las bellísimas *Cantigas de amigo* y *Cantigas de amor*, de secular tradición, y cuando los juglares divulgan por Castilla el *Cantar del Cid* y por Navarra el *Cantar de Roncesvalles*.

Consolidada la literatura catalana, sobre todo gracias a la genialidad de Ramón Llull, uno de los puentes que la relacionaron con las literaturas de los otros reinos españoles fue Aragón. Creo que se olvida con demasiada frecuencia la función de Aragón en la consolidación de la personalidad catalana. Un acertado matrimonio hizo a los condes de Barcelona reyes de Aragón, unión estrictamente personal que no afectó a las estructuras ni a la organización de ambas comunidades, pues no deja de ser un dislate histórico hablar de-la «confederación catalano-aragonesa». Cataluña y Aragón no se confederaron nunca, y no somos ni Suiza ni Norteamérica. Era el rey el que unía el destino común de los pueblos, rey que, natural y obligadamente, era bilingüe. Con un lógico respeto a sus vasallos y amigos, el rey escribía en aragonés cuando se dirigía a sus vasallos aragoneses o a los reyes de Navarra y de Castilla, y escribía en catalán cuando se dirigía a sus vasallos catalanes o al rey de Francia y a los grandes señores del mediodía de las Galias. Los sabios y eficaces funcionarios de la Cancillería de los reyes de Aragón y condes de Barcelona y los altos dignatarios de su corte conocían las dos lenguas: los aragoneses sabían el catalán y los catalanes el aragonés, pero sospecho que este bilingüismo quedaba reducido a los dirigentes. Si no, no se explicaría que en la segunda mitad del siglo XIV el rey Pedro el Ceremonioso redactara una crónica de los reyes de Aragón y condes de Barcelona, conocida con el nombre de Crónica de San Juan de la Peña, en tres versiones, una catalana, otra aragonesa y otra latina, y que el gran maestro Juan Fernández de Heredia tradujera al aragonés el *Libre dels feyts* o crónica de Jaime el Conquistador. Más adelante, en 1417, el escritor castellano don Enrique de Villena, escribiría directamente en catalán *Los dotze treballs d'Hércules*, que él mismo luego tradujo al castellano. A lo largo del siglo XV la prosa culta aragonesa va perdiendo sus peculiaridades gramaticales para hacerse cada vez más castellana. Y es curioso recordar que cuando la Generalidad se enfrentó belicosamente contra Juan II y Cataluña quedó dolorosamente dividida en una cruel guerra civil, dos de los príncipes a los que la Generalidad dio su apoyo y que se ganaron la adhesión de gran parte de los catalanes, Carlos de Viana y el condestable Pedro de Portugal, fueron dos excelentes escritores, de obra conservada, pero escribieron los dos exclusivamente en prosa castellana.

### **SITUACIÓN INJUSTA**

Con ello se configura un fenómeno sociocultural que perdura hasta hoy: la literatura en castellano no es extraña a los catalanes cultos, pero la literatura castellana es extraña a castellanos, incluso a muchos de los cultos. Es una situación injusta y antinatural,

pero desgraciadamente cierta. Sería indigno y falso hablar de «superioridades», pero es bien verdad que a nosotros nos ha tocado estar en posesión de una mayor riqueza. Hoy día una persona culta catalana y sin prejuicios lee, como suyos, libros de Ramón Llull, de Verdaguer, de Espriu o de Perucho; pero también lee como suyos libros escritos por Cervantes, por Galdós, por Juan Ramón Jiménez o por Camilo José Cela. Para nosotros todos estos autores, unos en catalán y otros en castellano, son nuestros clásicos. Hay que confesar que no ocurre lo mismo entre la mayoría de las personas cultas castellano-parlantes, muchas de las cuales tienen grandes dificultades para leer un libro en catalán y a veces se ven obligadas a recurrir a traducciones. Creo que este tema se presta a la meditación, pues estamos muy lejos todavía de que una inteligencia y patriótica política educativa haga que el lector castellano se encuentre tan en su casa cuando lee un libro en catalán como un lector catalán cuando lee un libro en castellano.

En los trabajos que se incluyen en el número de «Cuenta y razón» que estamos presentando y en las numerosas respuestas a la encuesta formulada por la revista advertimos, con gozo y gratitud, autorizadas opiniones de grandes figuras castellano-parlantes que hablan de Cataluña con respeto, comprensión y franca cordialidad. Estas opiniones llegan a nosotros, los catalanes, con serena solidaridad, pues las sabemos exentas de prejuicios políticos, que todo\* lo enturbian, y que en ellas es inimaginable que haya ni el menor asomo de adulación ni de interesado oportunismo. Vemos en ellas que se nos comprende, se nos admira y se nos quiere. Y ello se inserta en la larguísima tradición de castellanos prendidos por Cataluña. Allá, en nuestra tierra, repetimos con justificada satisfacción los elogios a Barcelona que Cervantes hizo en la segunda parte del *Quijote* y en la novela ejemplar de *Las dos doncellas*, pero solemos olvidar que el inmortal escritor, en los últimos meses de su vida, elogió en el *Persiles y Sigismunda* a «los cortes-ses catalanes, gente enojada, terrible y pacífica, suave; gente que con facilidad da la vida por la honra, y por defenderlas entrambas se adelantan a sí mismos, que es como adelantarse a todas las naciones del mundo» (lib. III, cap. 12). Más retóricamente Tirso de Molina, en su novela *El bandolero*, cuando el protagonista llega a Barcelona, escribe: «Adelantó aquella noche tantas luminarias, que pudo juzgar algún forastero haber mudado las estrellas de domicilio y, enamorada de la catalana metrópoli, anteponerla a su octavo firmamento. Aplaudía alegre la juventud alegre, entonces, la coronación de su monarca, que la lealtad de esta nación, si en conservar sus privilegios es tenacísima, en servir a sus reyes es sin ejemplo extremada». Sería fácil, y muy conveniente, formar una antología de opiniones sobre Cataluña en autores castellanos de los siglos xvi y xvii, entre las que abundarían cumplidamente las elogiosas para paliar las malévolas de don Francisco de Quevedo.

Con la lealtad de los catalanes a la monarquía, resaltada por Tirso de Molina, contaba Carlos I cuando, al abrir las cortes de Barcelona el 16 de febrero de 1519 afirmaba que había privado de su presencia a sus numerosos dominios, extendidos por toda Europa, posponiéndolo todo «per lo amor que tenim en aquestos reg-

## CASTELLANOS POR CATALUÑA

nes d'Espanya, e entre ells a aquest principal de Catalunya, veent la urgent necessitat que en aquestes parts havia de nostra presencia i lo que de continuo a nos se suplicava i escrivia sobre acó per tots los nostres regnes, suplicant-nos la prestesa de nostra venguda». Exactamente cuatrocientos cincuenta y siete años después, en 1976, también el 16 de febrero, en el salón de Tinell de Barcelona, don Juan Carlos I, en su primera visita oficial a Cataluña como monarca, decía literalmente: «L'afecció deis catalans a la llibertat es llegendària, i sovint ha estat fins i tot heroica. El català es amic de les coses concretes, i per aixó es també realista, ordenat i treballador. En aquesta terra floreix l'esperit de solidaritat; la cooperado, Fobertura i la comprensió envers els altres hi son facils. Per aixó tant de bo que el vostre exemple i la vostra voluntat decidida facin que aquestes virtuts catalanes influeixin benèficament en molts d'altres espanyols».

Hoy aquí, en el corazón de Castilla, hemos sido recibidos con el afecto que suscita nuestra común empresa histórica y de futuro al conmemorar el milenario de la personalidad de las tierras que serán Cataluña. Si Cervantes dijo que Barcelona se caracterizaba por ser «correspondencia grata de firmes amistades», un deber de bien nacidos nos impone, además de la gratitud, la sincera y cordial respuesta. Ojalá en tiempo no lejano se celebre en Barcelona un acto como éste para conmemorar alguna de las muchas efemérides gloriosas del reino de Castilla.